

# VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA NUEVA LITERATURA

AÑO II

MURCIA - 1928 - JUNIO

NÚM. 11

## POESÍAS

### QUIETUD

No, si no se acaba hoy  
esto que tengo empezado:  
si hay que dejarlo:  
Tú, voluntad, tú, plumilla,  
tú, papel blanco,  
inútiles esta noche  
que otra perfección me inventa  
infecunda virgen alta.  
Me llama un ocio, un quehacer  
de no hacer nada, de estarse  
como agua pura ni río,  
ni ola, ni torrente, agua.  
Un ocio  
tan hondo que yo ya sé  
que eso que tengo empezado  
solo se termina en él,  
perfecto en el no brotar,  
en su sin fin rematado,  
invisible de tan claro.

### ORILLA

¡Si no fuera por la rosa  
frágil, de espuma, blanquísima  
que él, a lo lejos se inventa,  
quién me iba a decir a mí  
que se le movía el pecho  
de respirar, que está vivo,  
que tiene un ímpetu dentro,  
que quiere la tierra entera,  
azul, quieto, mar de julio!

### 50 BUJIAS

Sí. Cuando quiera yo  
la soltaré. Esta presa  
aquí arriba, invisible.  
Yo la veo en su claro  
castillo de cristal, y la vigilan  
—cien mil lanzas— los rayos  
—cien mil rayos— del sol. Pero de noche  
cerradas las ventanas  
para que no la vean  
—guiñadoras espías— las estrellas  
la soltaré. (Apretar un botón).  
Caerá toda de arriba  
a besarme a envolverme  
de bendición, de claro, de amor, pura.  
En el cuarto ella y yo no más, amantes  
eternos, ella mi iluminadora  
musa dócil en contra  
de secretos en masa de la noche  
—afuera—  
descifraremos formas leves, signos,  
perseguidos en mares de blancura  
por mí, por ella, artificial princesa,  
amada eléctrica.

PEDRO SALINAS



RAMÓN GAYA: Retrato.

## LONGCHAMPS

Trenzado del violín que nadie escucha  
El ruiseñor sin noche hace un nudo en mi ruta

Los ojos guardan el mar al fondo de la tienda  
y el pez que se ahogó en la brújula ártica  
Polvareda de olas sobre el otoño pesa  
Y de sus mástiles

la mar desciende ilesea  
Arco iris sobre el hipódromo  
a un viaje te prefiero  
a tí y al jockey que conduce  
la lluvia entre sus brazos con el mayor esmero

De mi batuta en punta la humareda que se aleja

Con todo no poseo las berbas de Moisés  
Pero a lo lejos miro  
la tierra que se tuerce y que forceja  
Tu pecho en que se esconde el último paisaje  
y el día que te sigue más leal que un tatuaje

Playa querido de las temporadas  
Yo adulo tus dos manos  
al fondo de mi edad afín  
donde van mis olas mojadas  
de una tonada de violín

La tierra se retuerce al otro lado de los valles  
Y el barco todavía cumplirá su programa  
de vientos y de estelas

Pero su gaviota de la guarda  
está fría hasta mi alma

A esta hora también  
recorren tus manos la espuma

No lejos de aquí  
la estrella nos alumbraba  
y toco en mi caballo una pieza de música

El último cabo lo he de pasar enseguida  
llevando siempre en handicap  
este claro de luna sin salida

JUAN LARREA

Trad. del francés en verso español por Gerardo Diego.

## Poemas de Jules Supervielle

### ALTA MAR

Entre las aves y las lunas  
Que a fondos de mares encantan,  
Por las locas fases de espuma  
Superficial adivinadas,

Entre los ciegos testimonios  
Y las estelas submarinas  
De miles de peces sin rostro  
Que en sí mismos su rumbo esquivan,

El ahogado busca la música  
Donde formó su juventud,  
A las conchas en vano escucha,  
Y las tira a un fondo sin luz.

### EL ESPEJO

El muerto acaba de hurtar  
Un largo espejo a la vida,  
Un puñado de cerezas  
En que titubea el sol.

En su azul brillan los ojos,  
Y en su blancura las manos.  
El alma dichosa late  
Rauda como un corazón.

En su espejo el muerto ve  
Enrojecer al cerezo  
Y picotear al pájaro  
Que ninguna piedra espanta.

Ve cómo sube a los árboles,  
Y le asombra que los pájaros  
A sus manos se le rindan  
Para enseguida morir

### COMIENZOS

En los ojos de esa cierva  
Un negro estanque se ve,  
Cabañas de un mundo diáfano  
Y un ciervo que bebe en él.

De ese futuro corcel  
Aun sólo existe el relincho,  
Y la huída de su crin,  
Disputa de cuatro vientos.

Rostro muy claro hasta mí  
Llega, sin dueño, de lejos.  
Su pasión de conocer  
Quiere vivir en un cuerpo.

Ningún labio le colora.  
Mas—solicitud, primor—  
Doble trenza de cabellos  
Por hombro en fragmento cae.

Girad, girad, cabelleras,  
Ademanos aun sin brazos,  
Bríos que a un alma buscáis,  
Violencias hacia un brazo.

¡Oh miradas sin raíz,  
Sin iris, que en el espacio  
Argentino erráis: ¿por fin  
Os captará una retina?

TRADUCCIÓN DE JORGE GUILLÉN

María Mallo

HA golpeado estos días la actualidad artística María Mallo con ese martillo a que alude su contundente apellido. Y gran pregonero además: la «Revista Occidente», tambor de novedades. Los cuadros y dibujos que hasta ahora sólo eran conocidos a título confidencial, están ya voceados. Cuadros de verbena y de mar, dibujos del terrible baratillo que es el mundo, revelan y fijan las características de un arte «extraordinario». (Y empleo esta palabra como si estuviera recién hecha). La extrema juventud de la pintora, no es la razón genérica de toda confianza en cualquier porvenir. Es el estímulo—perfectamente afianzado por los cuantiosos valores ya presentes—para creer en la obra futura.

\*

La enumeración de los temas llevados a los cuadros de verbena, quizá diera lugar a que alguien sospechase inclinaciones peligrosas hacia el costumbrismo pintoresco. Columpios, farolillos de papel, niñeras y soldados, caballos de tío-vivo, pasatiempos de barraca... No hay tal: sólo pretexto: estribo que presentan la Naturaleza y los artificios en torno, para que la Plástica monte y se lance en línea recta hacia su objetivo propio. Los planos aparentes de la realidad giran sobre sí mismos para descubrir el secreto pictórico de todas las cosas, la clave del color y de las calidades; más la relación imprevista de lo distante y disímil. Bien se ve ante las Verbenas de María Mallo que el arte tiene mucho de prestidigitación. Aquella paloma tradicional, que suele salir entre cintas y flores, de la chistera del prestimano, trae nada menos que el mensaje del capricho, hermano gemelo de la necesidad, como el sol de la sombra. ¡Y qué fecundidad la del capricho, cuando bajo su natural aspecto de juego y diversión, se deja ordenar necesariamente, con necesidad estricta de flor o surtidor! Así, exactamente, y no de otra manera.

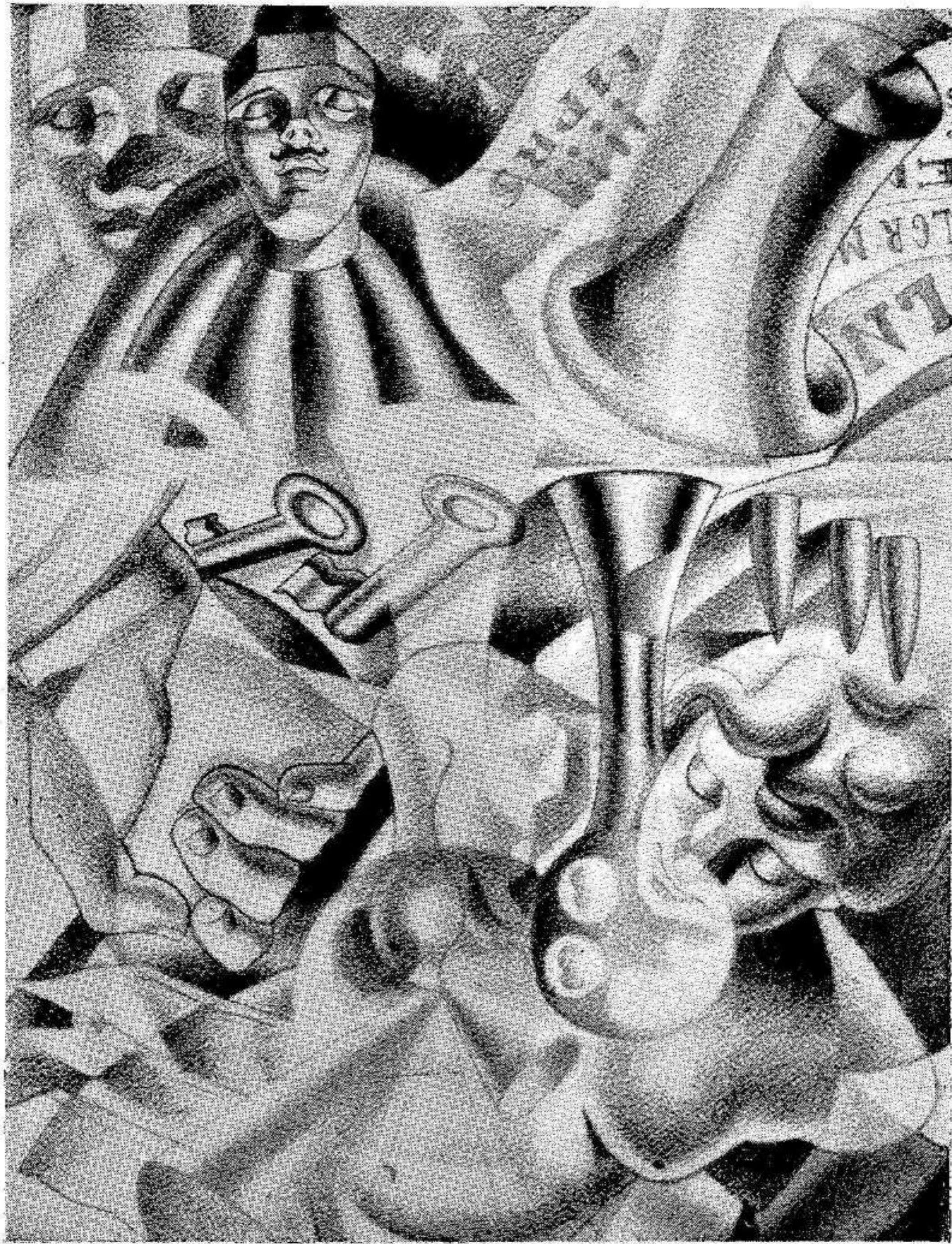
En las Verbenas de María Mallo, cada cosa está en su lugar, y el Dios de lo plástico sobre todas ellas, para definir las en su esencia, y salvarlas de lo trivial. La anécdota se pierde, festival adentro, sin tocar pito alguno. Queda la delicia y precisión de las formas, en un paradójico, por lo matemático, *totum revolutum*. Y no haya miedo de colisiones y atropellos. La pintora tiene en su mano el basto que regula el tráfico y atribuye a cada elemento su área de circulación.

\*

A la mar va María Mallo por la naranja de la austeridad. El mar se la brinda, renunciando gustoso, a todo alarde de majestad y color. Se aviene a la condición—penosa y egregia, a la vez—de un problema más. En algún lienzo—aquél en que un desnudo en función del espacio basta para que blancos y grises concierten tonos de exquisita riqueza—, el mar asoma sólo un pie: pie de plata, naturalmente. En otro, se deja cojer a lazo de rocas, para que en el primer término pueda avanzar, litúrgico el paso, conduciendo una cabra, una muchacha que seguramente viene de lejos: de un Museo. (Y conste de pasada, que el fermento de la pintura Museal, rara vez deja de operar sobre los cuadros de María Mallo. Más diré: tengo por suprema excelencia de su arte el haber dado con el enchufe de lo histórico y lo reciente: Santa Integración lo bendiga). Y si llega el mar a cubrir un fondo por sí sólo, ya cuidará de quedar en lámina mate y quinta-esenciada: mar en trance de volatilización, que elimina ornatos de espuma blancas y estrías verdes, reteniendo la escarapela de algún velero, prendido del horizonte.

\*

Condúzcanos «la chica de la bicicleta» al Paraíso de las máquinas. La bicicleta es como el anticipo del mundo



MARIA MALLO: Composición

mecánico—reciente el brillo de fábrica—que María Mallo nos descubre por la ventana múltiple de sus dibujos. He aquí un mundo trasegado de la Humanidad a los objetos. Máquinas parlantes, de carne y hueso, a su modo peculiar, que alternan con chirimboles de la factura más diversa: láminas de Física entre cromos populares. Nueva Naturaleza que bromea con la Literatura y la Cinematografía, instando múltiples expedientes de rehabilitación de la rosa, de la copa de licor, del frutero, del balcón abierto, de la cerámica útil y del cachivache absurdo... Naturaleza más que muerta, asesinada por el certero golpe davidico que dá entre ceja y ceja, para que todo se desplome y transponga, fiel a la ley de su propia gravitación. «Teorema plástico» es expresión que gusta usar María Mallo con referencia a sus composiciones. Cada una, en efecto, viene a revelarnos

un segmento de la Verdad recóndita y universal, mediante la dialéctica de la fantasía y el humor. Los técnicos—¿el arte es para los técnicos...?—pueden y hasta deben considerar despacio los mil y un pormenores del concepto y la ejecución. El tercero... (se me permitirá creer que el tercero es tan importante en la vida del Arte, como en la legislación hipotecaria). El tercero ha de estar a las resultas. Espléndidas resultas éstas de la Física y de la Química recreativas de María Mallo! Sería cifra y compendio de todo, el gesto resuelto, alegre, arbitrario y exacto, con que María Mallo se acercase a cualquiera de sus copas, en busca del misterio que recata el fondo.

—¡Hasta verte, Jesús mío!, parece exclamar, mientras bebe los licores esenciales del mundo.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

ESCALA DE JUAN CHABÁS

A una diezmilésima

HUBO quien sostuvo que los árboles esconden al formarlo el bosque, hubo quien dijo que lo quitaesenciaban. No contaban con los aviadores. Desde mil metros de altura se ven árboles y bosque. Hoy habrá seguramente quien sostenga que las palabras esconden la novela, de palabras está hecha la literatura—oh Perogrullo de mi claro amor—¿Qué es la novela? ¿Palabras, capítulos, índices? Decían que varios árboles daban la sensación de bosque; los aviadores dicen que no.

En la novela de J. Ch. están primero las palabras; tras ellas, un poco difusos, grises, alejados, los personajes. Al fondo, desdibujada, imprecisa la acción. ¿Cómo relacionar lo rotundo, brillante, metálico del plano primero de la narración, de la emoción clara que se recoge a brazadas de la superficie inmediata del libro, con ese claroscuro velado de las emociones de los muñecos?

Más que los mismos personajes son sus sombras las que se reflejan, no en tierra sino en el fondo de un estanque, mejor todavía en la arena de las proximidades de una playa (¿italiana, no?) desdobladas por el mar. Los personajes se mueven—mecen—, van, vuelven, se encuentran, se atraviesan, sombras,

hechos de niebla, mientras ante ellos, exactas, brillantes, suben, bajan, bailan las palabras como pelotas de celuloide sobre un hilo de agua; el autor no desperdicia un tiro. Entre el tiro y la pelota—roja de un lado, blanco del otro—, está la distancia, el espacio; de esta distancia y de este espacio innumerable está hecha la novela de hoy. El novelista enseña las palabras por sus cuatro costados; momentos hay en «Puerto de Sombra» en los cuales uno se deja deslizar por ellas. Allá—¿lejos, cerca?—en la sombra de su puerto descansen ligeramente olvidados los muñecos: Aprile, Juliette..

El brillo de las palabras oscurece necesariamente lo que tras ellas se halla; de esta perfección de dos dimensiones podrá salir una emoción puramente fríca, traslúcido, maravilloso espejo. La impresión dramática necesita además de profundidad. Para que los árboles no nos escondan el bosque, las palabras, la novela, habremos de hacer aprendizaje de aviadores. El Centro de Estudios Históricos reúne condiciones perfectas de aeródromo.

Es indiscutible que, hasta ahora, sólo se han recogido resultados de vuelos de observación—perfectos, deliciosos,

sin fallo alguno—. Pedro Salinas, Dámaso Alonso, máximos pilotos, vuelos insuperables. J. Ch. amigo de empresas mayores—acostumbrado al manejo de la ametralladora en «La Libertad»—empezó hace tiempo vuelos de mayor duración: «Sin velas, desvelada». «Puerto de sombra» señala un perfeccionamiento evidente. ¿Qué puede reservarnos mañana la seguridad y la valentía de J. Ch? Me contesten los que ya conocen el resultado de sus nuevos ensayos literalmente extraordinarios.

\*

El mar de J. Ch. parece a veces reducirse por perfecto y conciso; recuerda el agua de cierta palangana donde se lava los pies una mujer aún del penúltimo modo de Picasso: Los pies dibujados de tan claros y reales y la toalla rizada, al lado, como otro mar verdadero. Todo inmóvil, algo como la novela: quieto.

\*

El capítulo VII bucea—tirándose valientemente sin salto mortal espectacular, sin alardes de estilo—de natación ¿se me entiende?—¿dónde reaparece? Tan solo Pedro Salinas plasmó tan limpiamente ideas de hoy tan dolorosas. Tocamos con J. Ch. un resultado. Del montón informe de imágenes, metáforas que estos años últimos hemos visto crecer gigantescamente, hongos superficiales (¡ay hongos hondos ¿dónde os hallaría? hongos imposibles, al revés!), efímeros se yerguen ya algunos mástiles.

¿De qué color es el azul del Mediterráneo de J. Ch? Porque con su mar ha amalgamado la inquietud, ese «no finir», de nuestros años. ¿En qué proporción? ¿Cuántas gotas destilará todavía la «Melancolía» dureriana?—Echemos aquí un poco a capricho las palabras rituales de toda crítica que se precia de algo: Romanticismo, Clasicismo.—Ea, ya está dicho todo—. El sol que brilla fuerte hace desaparecer esa nube futura de la cual quizás esté hecho este «Puerto de Sombra». Puerto en el cual muchos recalamos y recalaremos antes de emprender, más tranquilos, el camino venidero.

De Adolfo Aprile todos tenemos un poco. Todos «en la sombra de nuestra edad» nos hemos detenido, poco o mucho, a rendir cuentas. Todos los caminos conducen a Roma, por esos caminos en los cuales se desvanece Juliette, hemos ido dejando pedazos de tiempo. El color del tiempo, ese gran color claro de la novela de J. Ch. acaba uno por no saber cuál es. Se irisa la imaginación primero, y luego queda, al terminar, un gusto amargo de mar vivido, de vida angustiosa, de cosa irremediable, implacable, enojosa, y sin embargo ineludible, pesada, de tan verdadera, enervante. De tan claramente dicho—¡no hay más remedio! ¡qué le vamos a hacer!—surge la oscura protesta; rebelarse ¿contra quién? Con qué gusto vería uno a Aprile en los brazos de Juliette, pero ¡el autor! Ah ¡el autor!; cosa terrible: el autor no es. No se vé, no dice, no hace, no es. Está diluido, en ese medio—medio, medio, medio—gris, uniforme, atmósfera de palabras, inexistente pero muerta, dura, inflexible. Y va uno a cojer los personajes y sabe ya de antemano que se trata de un «mirage»—un milagro «todavía» no—y que se le van a escapar, desdibujados, y que se le quedarán a uno fijos en la memoria lo bastante maleables para que vengan a ser personajes nuestros trasladados a la escala de nuestros sentimientos. En una mecedora, algún día frente al mar, quién sabe la de gentes que pronto—dentro de muchos años, si aún existen las mecedoras—dialogarán con un desconocido fantasma que de pronto se les representará Adolfo Aprile. De la mano conducirá un largo racimo de recuerdos maduros.

MAX AUB

Junio, 1928.

TROZO

(de una novela inédita)

... Quería librarse de su timidez de un salto, sin meditar su raíz. Ese salto hubiera sido el viaje que se le proponía, pero solo, enseguida, mañana. Buscaría a Enrique para pedirle consejo. ¡Ah! sin querer, lo veía él mismo. No podía prescindir de una ayuda, ni del consejo de su amigo. Y Enrique le diría lo que tantas veces le había repetido: «eres un niño. Tan delicado, que a veces pareces una niña». Una tarde, en el colegio, ya poco antes de marcharse Enrique, aún se lo dijo una vez más. Y añadió: «Si hubieras de estar siempre a mi lado, casi sería un placer. Pero habremos de separarnos; y si a esa delicadeza tuya de ahora no añades una intrepidez más combativa, hasta para defender tu misma ternura, estás perdido. Yo hubiera podido salvarte siempre. Pero tú no querrás, algún día. Y bien, ese día, necesitarás ser hombre aunque no quieras. Y hasta un hombre atrevido y arriesgado». «Pareces una niña»... «ser hombre»... «aunque no quieras»... Todas estas palabras de Enrique le producían siempre, al oírlas, al recordarlas, un desasosiego que le punzaba y hería como un febril calorífico. ¿No parecía hombre, él? ¿Sería cierto que había dentro de su alma la naturaleza de una niña? No hallaba respuesta a estas preguntas; pero secretamente, sin que pudiera él mismo comprenderlos, se le avivaban hondos deseos y sentimientos. Gusto de sentirse con más apretada musculatura; ansias de apretar las manos, cóncavas y anhelantes, para ceñir algo que se le huía: aire, luz acaso, sin forma, sin contorno. Vida acaso. Luego en los dedos, con temblor de tacto, encendidos en las yemas de rumores de sangre,—no, de eléctricos fríos y ardores—, curvas formas, gustosas pulpas de frutas calientes, con contorno de manzanas, de rosada piel; tersas, ácidas y duras: limones. O bien los labios, entonces se entreabrían, como si quisieran captar el aire; tibio y dulce en la sombra, en hondo aliento; y se le fruncían después, ávidos, codiciosos de sorber, de morder apretando duramente su fruncida carne sedienta. Todo el cuerpo se le ponía terso y encorvado con ese oscuro conjunto de ansias secretas. Y como aquel aire, como aquella luz, como aquel rumor de sangre, indecibles, fríos y ardientes en alterna fuerza eléctrica, iba sintiéndose vigoroso o débil, con salud impetuosa o desmayado, hasta que sus ojos, cerrados, inventaban en una luz interna, en soledad absoluta,—casi sin él mismo—, un cuerpo desnudo que él no había visto nunca; aparecía primero con un temblor encendido, fugaz, creado en un relámpago como una estrella de dolor que se ilumina en la cámara oscura del ojo y cae, como una lágrima, por nuestros párpados. Pero luego su luz persistía, se avivaba, y se tornaba placentera. Se rosaba, se hacía de tierna red de venas azules en nacaradas epidermis; montes, valles, playas de su desasosegada codicia; naturaleza viva. Esta irreal ilusión de sus sentidos, y hasta de su inteligencia y su alma, le daban un instante fuerza y fe en sí mismo. Ya no se preguntaba entonces si realmente era él un hombre: se sabía en aquel instante, ciertamente, hombre. Al menos, sentíase hombre en la alucinada excitación de aquel leve momento. No se preguntaba qué fuese la vida; la amaba y creía gozarla. Era bastante. Era todo. No decía como Gonzalvo: dos cosas bellas hay en el mundo: amor y muerte. Se decía: vida, vida, vida. Y sentía en las sienes, borboteando en los pulsos, un temblor que le martilleaba como un eco: amor, amor, amor. Pero todo el encanto se desvanecía: quedábale un gran cansancio, vacío y pesadez al mismo tiempo, que le entorpecía todo el cuerpo. Torpe y pesado como una duda, su cuerpo.

Aquella tarde aun fué más violento su desasosiego. Lo sintió repentinamente, de pronto, como una escocedora picadura de insectos. Quiso recuperar su serenidad apacible de la primera hora de la siesta y no pudo. Ni lograba tampoco abandonarse a su inquietud, dejar que le arrastrara su temblor co-

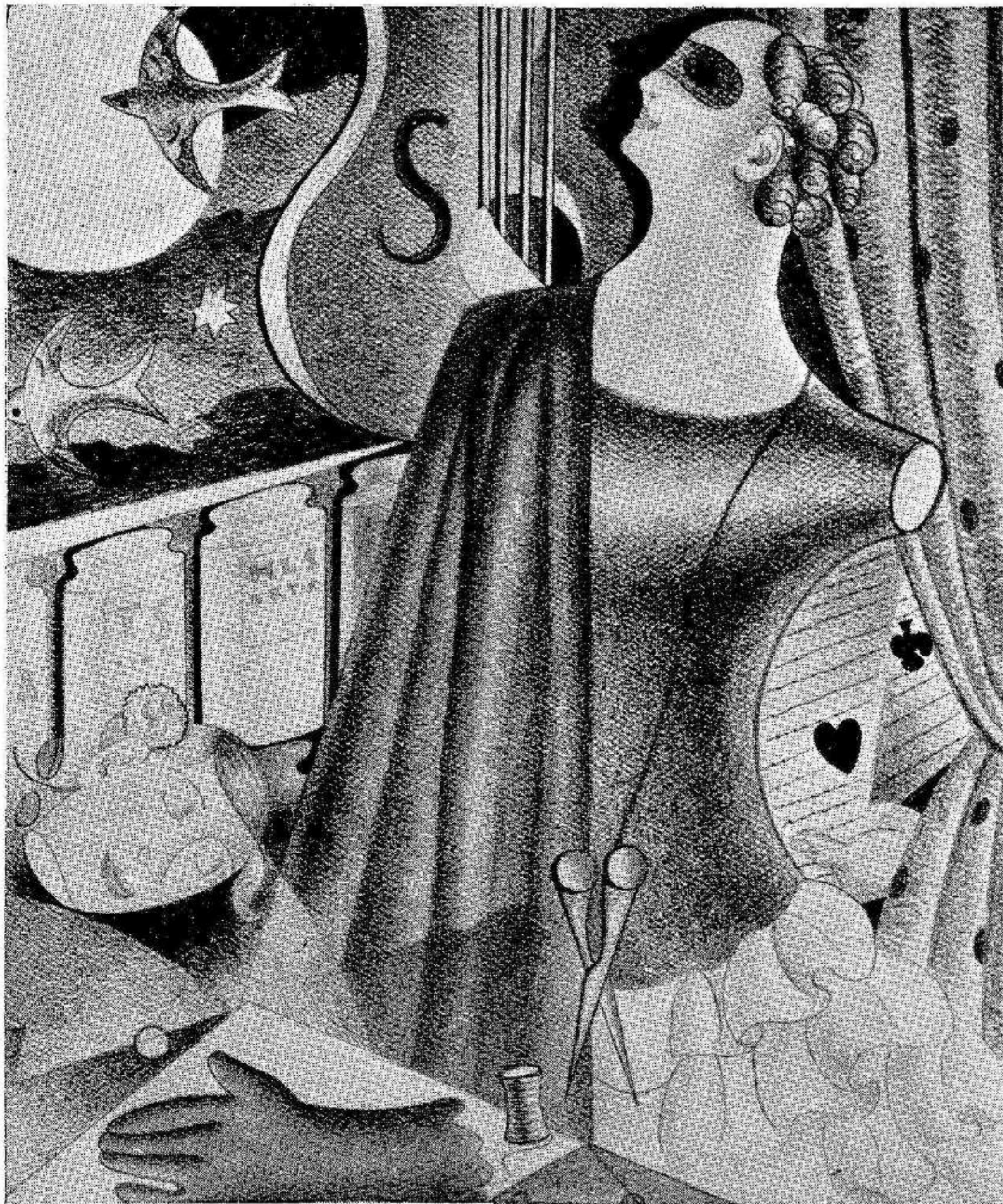
mo la marejada de un sueño, navegando, a la deriva, dormida la conciencia, por un río de agua turbia y despierta, atolondrada de alientos de flores que se abrían sobre su propia carne. Todo él participaba en aquella fuga de sus sentidos. Aun pudo contenerse, permanecer quieto en el regazo sombrío de los árboles de la noria, un instante. Pero oyó ruido en la balsa, y el chapoteo de las aguas le hizo levantarse en instintiva busca del alivio que prometía su frescura.

Se le cegaron los ojos, con una nube de sangre. Haces de rojos destellos le encendían y herían la mirada y le reñeaban todo el cuerpo como agudos floretes de aceros ardientes. Fué solo un instante. Luego los ojos se le fueron tornando claros y en su cuerpo, ya no eran aceros dolorosos, de fuego, los que le penetraban hiriéndole. Ahora era su misma carne, la que se abría deliciosamente en rojas comezones como si le brotaran encarnados claveles de rubor y deseo. No avanzó un paso. Detrás del tronco de los chopos, entre las cañas, se detuvo un momento, oculto, para mirar. Avido. Conteniendo el ansia, el jadeo de una prisa y un deseo que le asediaban y punzaban aguijoneándole como bordoneo de avispas. Podía avanzar entre aquellas cañas, sigilosamente. Cautamente. Llegar, con menudos pasos, hasta el borde de la era de la noria. Y ya allí, de un salto, lanzarse sobre el muro de la balsa, exactamente, al lado de ella y sorprenderla con ímpetu tan súbito que sería imposible toda huída.

En el primer instante sólo vió, encendida de sol, crujiente de luz, la seda roja del corpiño. Seda viva, ceñida, tirante de ondulada esbeltez, de rotundos senos. Luego el sol, rubia brasa, viento, rizos de luz, alegre melena despeinada, cayendo en sueltas trenzas. Y los hombros, la espalda abierta y desnuda, los brazos. Cuando la nube roja de sus ojos se hizo transparente avidez de secreta contemplación, volvieron sus miradas al rostro. Iba con deleite posándolas despacio, cuidadoso de no aturdir las en el pelo, por la nuca, por las mejillas, por la frente que el reflejo del agua iluminaba como si rizase la corola de una tierna y dulce flor acuática. Y luego, cien avispas de ansia afilaban sus ojos y sus miradas, se clavaban, con delicia, en la frescura limpia y morena, salpicada de agua, de los brazos turgentes; brazos que al agitarse, allí en la balsa, levantando pomposa espuma de jabón del lienzo que las manos lavaban, aun le incitaban más.

Y ya con avidez, con ansia, con prisa, se le resbalaban últimamente los ojos por la espalda; saltaban el rojo corpiño, librábanse de la saya blanca y descendían hasta las piernas, desnudas, redondas, blancas y frescas allí en la sombra jugosa de la yerba que cercaba la balsa y que envolvía sus pies, en puntillas sobre las losas del lavado, como un fruto que comenzara a crecer.

Cuando ya los ojos, gozosos de posesión, pero aun ávidos, volvían, en dulce y deleitable ascenso hacia el rostro, maravillóse Pedro de reconocer en aquella mujer, que todavía él creía más imagen de su ansia y de su instinto que verdadera criatura humana, a la hija del aparcerero. Tuvo entonces un sobresalto de vergüenza como si el codiciar aquella mujer tan de la casa fuese un pecado contra los suyos. Más secretamente, en esa vergüenza, había también un asombro aturrido de sentirse hombre súbitamente que aun le avivaba y le encendía el rubor. Quedó cohibido, silencioso y quieto, sin atrever movimiento alguno, parados los ojos en toda aquella hermosura, ancladas las miradas; pero de pronto, la hija del aparcerero, cuando hubo lavado la ropa que estaba ya enjugando, desnudóse también del corpiño para lavararlo. Los brazos altos, surtidores de gozo en la luz, los senos inquietos, agudos y altos, apenas ceñidos por la batista blanca del camisolín, y la espalda tersa, alborotada con las trenzas del pelo que se esparcía sobre su piel, fueron para Pedro como un grito agudo de delicias. Se despertó en él, más viva, su ansia. Sed más bien. La garganta se le oprimía y apenas podía respirar el aire ancho y fresco de la sombra de los olmos, aquella brisa que parecía rizarse con la luz gozosa de la carne desnuda, modelada en el reflejo inquieto del agua de la balsa. No pudo reprimirse. Dió un brinco hasta el muro de la balsa, con tan ágil destreza que logró asir la cintura de la muchacha. Pero su tesoro se le escapó, con un grito, de las manos. Aun la persiguió a través del campo, entre los olivos, y la alcanzó por fin, jadeante; caída de cansancio. No había sentido nunca, sobre los labios, un aliento tan tibio, una delicia tan aguda, placer y dolor a un tiempo, sed y saciedad, ansia de fiebre y plácido dulzor frío, que le hicieron temblar todo el cuerpo con un estremecimiento de abandono y cansancio. Había sido tan sólo un instante; un segundo, casi: el breve tiempo de encender y apagar una lámpara eléctrica. Luego su memoria le quedó



MARIA MALLO: Estampa

oscura, nublada, como si el sol caliente de la tarde la hubiese empañado de cenizas. Ni siquiera advirtió como huía la muchacha, medrosa y palpitante de agobio, como si su rubor la persiguiera con una llama de fuego, lengua ardiente que la quemaba y la maldecía.

Quando pudo levantarse, abrir bien los ojos a la luz, y andar, la tarde le pareció un inmenso latido de sol rojo, aplastado sobre el campo como un mar de tierra y sangre. Sangre y tierra, también, su cuerpo. Le pesaba de espeso cansancio, se le aturdira de borboteante jadeo. Vergüenza y delicia, dolor de arrepentimiento y maravilla de goce se le amasaban como una savia caliente en su piel sudorosa. Tenía, hondo, el peso de una pena; era como la presión de unas manos fuertes, empujándole, duras, el pecho. Y al mismo tiempo, una sensación de alegría, de salud, como si el mundo fuera más ancho, y él más hombre, más audaz, más fuerte...

JUAN CHABÁS

Denia, 1928.

Pasadizo de la Soledad

(Romance toledano)

Toledo, se me perdió  
hacia final del ocaso;  
era un manchón en el mapa,  
era un manchón encarnado,  
con una franja de plata,  
la cuita de agua del Tajo.

Y yo lo busqué en la tarde,  
llevando  
como ofrenda, un corazón  
ilusionado,  
maceta en la que florecen  
los cálidos amarantos  
de la tragedia. Encontré  
la leyenda a flor de labio  
en la calleja, tendida  
cordialmente hacia el ocaso.

La leyenda, se curvaba  
toda mojada de llanto;  
fulgía la hoja de lirio  
de puño damasquinado  
y al crujir de la blasfemia  
luz tomaba el desengaño.

Ay calleja de Toledo,  
pasadizo toledano,  
toda la tarde se duerme  
en la paz de tu remanso  
y se espeja, el silencio,  
cabalgando  
sobre una nube,  
que el Greco hubiese pintado...!

Y eres tema, de romance  
infantil. Gracia de nardos  
en los trajes y en los ojos  
emoción de cielo claro,  
y en la voz, el optimismo  
ingenuo de los diez años.

Ay cauce de Soledad  
sobre la ciudad trazado,  
ruta a flor de piedra gris,  
Toledo, amor toledano,  
yo te encontré en esta tarde  
suspirando  
la leyenda, que no fué  
más que un recuerdo, mojado  
de dolor y desespero,  
por la fe crucificado...!

Y me llevé tu leyenda  
para sacarla al ocaso;  
tiene un tono de pereza  
y está guardada en alcanfor.

JUAN LACOMBA

Junio, 1928.

## Metrópolis

(Notas en un descanso)

1

LAS cuatro columnas de *Metrópolis*: El simbolismo, el romanticismo, el socialismo, el tecnicismo. No tocar ninguna de las cuatro, peligro de derrumbamiento. Así la película podría titularse:

«*Metrópolis*, o la transformación de un joven ingenuo ante la virtud encarnada en una preciosa muchacha cursi que aspira a redimir la Humanidad».

Hierro. Amor. Tópico. Sublimidad.

2

En el cinema se superponen tres edades. Fué tan precipitada su evolución que la edad de piedra, la edad de hierro ya la edad de oro han sido para él la misma edad. (Precedida de un periodo infantil, y otro—¡que persiste!—de cursilería).

*Metrópolis*, es una clasificación escrupulosa, correspondería a la edad de hierro. No por tanta máquina, sino por las ideas, mucho más pesadas que las máquinas.

3

Primero viene el arte, luego los géneros. El cinema ya comienza a tenerlos. Todo no es ya folletín, todo no es ya jugar con planos: cosas estimables, pero insuficientes. Vendrá la novela, el poema... Hasta la octava real del cinema.

*Metrópolis* es un solemne intento de epopeya. De epopeya social.

4

Se vé que las imágenes hace tiempo desechadas por la literatura, las va utilizando ahora el cinema. Y nos parecen nuevas.

Por eso, los cineastas empedernidos ya comienzan a decir que el cinema dejará atrás a las demás artes.

(Si, como Ruth. Después de recoger lo que se dejan los segadores se meterá en la cama de Booz. Y se hará dueña del granero).

5

*Metrópolis* es una película popular. Se conoce en que divide a los hombres en dos castas: los que sufren y los que gozan. El pueblo aún cree en esta sencilla división.

Plásticamente es una película monumental. El hierro y la piedra tuvieron que adquirir dimensiones formidables, las precisas para albergar unas formidables ideas. No se concibe una gran cabeza bajo un almete.

6

Durante la sesión, música de Wagner. Ritmo lento. Avance de carretas. Procesión del Santo Graal.

Y, entretanto, aviones, trenes expresos, *objetos* de ritmo loco, trazando subrayados fugaces a una melodía que cruzaba la escena a paso de buey.

O sobra el avión o las carretas.

O el Santo Graal.

7

*Metrópolis* es bella, siempre que de entre sus bastidores no salga nadie a perorar. La elocuencia de sus personajes tiene tal empuje que, como Sansón, derriba el templo donde pretende persuadir.

En *Metrópolis* sólo pueden admitirse los personajes cuando se nos presentan como elementos decorativos.

La mujer de hierro es nuestra predilecta. Hasta que se convierte en carne y en harpía.

8

Todo es tan simétrico en la ciudad de las máquinas, que no queda en ella lugar para la armonía.

La armonía: esa cosa tan simple donde fracasa siempre el espíritu que, en lugar de construir, se limita—es limitado—a organizar.

BENJAMÍN JARNÉS

## Hacia el sueño, hasta el sueño

Sienes soñolientas...  
Un vaho.  
Cabecea,  
Torpemente, la Suavidad.  
Hombros soñolientos.  
Un vaho lento, más lento, lento.

Intimidación visible  
Va ciñéndose al cuerpo.  
El sillón se entenece todavía,  
Se ahonda.  
Brazos, manos se rinden...  
O serán ya los brazos del sillón ¡ah, suavísimo!

¡Suavidad del mundo!

Se inclina un oleaje hacia una arena.  
Dunas  
Con luces de perezas,  
Enternecidas dunas se derraman,  
Numerosas, difusas,  
Generales, suavísimas...  
¡Cuántas rayas!  
Paralelas acaso por la pared,  
Se rinden,  
Ceden ya, se relajan.  
Una pululación amable de Invisibles  
En el vaho se espesa.  
Sucesiones de suertes profundizan espacios,  
Niebla.  
¿Hay grises de altitudes?  
Barajas, nubes.  
Caos.

¿Caos de Dios?

Caos... Lo informe  
Se define: busca la pesadumbre.  
¡Atestada cabeza!  
Pesa.  
Avanzan, se difunden  
Espesores.  
Robustez envolvente, noche sólida:  
Apogeo de las cosas.  
Y circundan, esperan, insisten, persuaden.  
¡Oh dulce persuasión totalizadora!  
Todo el cuerpo se sume,  
Con dulzura se sume entre las cosas.  
¡No ser, estar: estar profundamente!  
¡Perderse al fin!

¿Perderse?

En clausura, muy lejos,  
Se infunde, se refunde, se posa al fin, remoto,  
Intacto rostro:  
¡Nuevo, nuevo!  
Intimidación visible,  
¡Oh pulsación, oh soplo!,  
Resguarda todo el cuerpo.

Pulsación confidente:  
¿Para quién, para quién, tan lejos?  
¿Hacia dónde,  
Recatos veladores,  
Hacia dónde se aleja  
La mirada,  
Tan retraída y plena?  
¿Hacia la seña  
Clara  
De otra verdad?

## El campo, la ciudad, el cielo

Río en ciudad. ¡Qué grande!  
Por sus aguas aun verdes  
Llega el campo de antes.

Plátanos de avenidas  
En avidez presienten  
Un aire sin esquinas.

¿Conquistán las estatuas  
Incansables, por fin,  
El cielo de las plazas?

Río otra vez. Y parte  
Con su campo: no acoge  
La avidez de las calles.

Pero no importa... ¡Gracias,  
Gracias, estatuas!: ¡ya  
Va el cielo entre las casas.

## Relieves

Rendición: relieves.  
¡Qué míos, que puros  
Todos!: uno a uno  
Resaltan, ascienden.

Castillo en la cima,  
Solo, raso, era,  
Resol en la aldea,  
Soledad, ermita.

En el río, niña,  
Niña el agua verde,  
Señorón el puente,  
Y la aceña en ruinas.

La tarde caliza  
Que fué polvareda  
Se extrema, se entrega:  
Diáfanos vistillas.

¡Oh altura envolvente!  
Rondan los vencejos  
Sin cesar... ¡Oh cercos!  
Posesión: relieves.

JORGE GUILLÉN

## Tránsito itálico

POR un *apoteigma* de Juan Rufo sabemos que en su tiempo se cantaba una cancioncilla, tenida entonces ya por antigüedad, que comenzaba, *ojos claros y serenos*.

Al sabidor de esto ha de venirle, por fuerza, a las mientes enseguida el *ojos claros, serenos*, del madrigal de Cetina, más de uno a otro verso, con sólo haber de diferencia una sílaba, se ha recorrido una enorme distancia. El buen catador de ritmos sabe que con la supresión de esa sílaba se ha salvado el puente que separa nuestra poesía popular de la poesía renaciente; la gustosa espontaneidad de la vieja lírica y el estudiado y medido refinamiento del itálico modo.

El verso octosílabo dá sensación de entidad rítmica redonda y perfecta. Esa sílaba, en este caso la conjunción «y» le viene a servir como de puntal, o más hiperbólicamente columna, que sostiene la bóveda rítmica del verso, mientras que el heptasílabo de Cetina, insuficiente para mantenerse por sí solo erguido, pide el apoyo del siguiente endecasílabo. Nuestro metro nacional se ofrece bien en su llana perfección para la expresión clara y sencilla, mientras que el heptasílabo, insuficiente y claudicante, se presta a todas las malicias retóricas, a los más complicados arabescos sintáxicos.

Esta aptitud diversa condiciona el carácter y calidad de la materia poética. Puede ser comprobado en este caso.

No conocemos la idea del viejo cantar citado por Rufo y naturalmente, resultaría necia cualquier conjetura sobre su carácter; pero conocemos, si no es el mismo, un estribillo que comienza con idéntico verso, y lo es de uno de los *madrigales* publicados con su música por Juan Brudieu, en 1585. El pensamiento tiene parentesco con el de Cetina; es una queja sencilla y sinceramente expresada.

Ojos claros y serenos,  
caros me costáis si os ví,  
pues para todos sois buenos  
y tan malos para mí.

Esto es algo dicho con agradable sencillez. La idea que late en el madrigal de Cetina aquí no se alambica ni adelgaza hasta alcanzar el grado de excepción que notamos en el poeta italianizante. Que la idea de éste es afectada podrían probarlo experiencias de amantes, pero los testimonios subjetivos no tienen aquí lugar. Sirva, aunque esencialmente tiene esa misma limitación, otro cantillo popular como prueba, sito en el *Cancionero* que fué de Herberay des Essart, pues en él se dá la norma de la actitud lógica ante el enojo reflejado en los claros y serenos ojos.

Pues mi pena véis,  
miradme sin saña  
o no me miréis.

Prueba esto que a un metro popular no le iría bien un pensamiento afectado, ni aun tan celestialmente afectado, como el de Cetina. Este bien se está en sus formas italianas. Ni he tratado con este experimento de subrayar una preferencia. Sería inoportuno e indiscreto. Sirva sólo para subrayar una instructiva diferencia.

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE COSSÍO

## VERSO Y PROSA

BOLETÍN DE LA NUEVA LITERATURA

Precio de suscripción: 6 Ptas. al año

EN MADRID

León Sánchez Cuesta.-Mayor 4

EN MURCIA

Juan Guerrero Ruiz.-Saavedra Fajardo 20

Tip. MESQUER -Murcia